

La santificación de los “ciudadanos”

La santificación de los “ciudadanos” comenzó a prepararse hace muchos años.

Al principio –en la etapa beatificatoria– se nos presentó como una especie de remedio contra la corrupción, pues se le quitaría a los políticos de profesión o a la burocracia gubernamental (no se crea que es pleonasma, puesto que también hay priva-

da) la capacidad de decisión en aspectos torales de la vida republicana. Y se nos presentó esta nueva formalidad como una especie de extraterritorialidad, de creación de una nueva especie humana, ajena a los apetitos e intereses de todos los mortales. Como si estos nuevos sujetos no tuvieran inclinaciones políticas, preferencias partidistas o religiosas y fueran ajenos a las ambiciones y a las ten-

taciones del resto de los humanos. Y como si los políticos de profesión y los burócratas a quienes se buscaba sustituir no fueran en principio también ciudadanos.

Se “ciudadanizó”, por ejemplo, a quienes debían velar por la protección de los derechos humanos, los Ombudsmen, el nacional y los locales y luego le tocó el turno a los consejeros electorales, que debían organizar y vigilar las elecciones (aunque de inmediato se les corrompió al dotarlos de salarios elevados) y finalmente a los funcionarios de casilla, encargados de realizar y operar la práctica del voto, a quienes se elige al azar para garantizar que no habrá inducción en sus nombramientos.

La reciente competencia por la Presidencia ha terminado por santificar a los funcionarios de las casillas, por el solo hecho de ser “ciudadanos”, ajenos al aparato gubernamental. No se puede dudar de ellos ni se puede sospechar que hayan pretendido ayudar a algún candidato,

La culta
Polaca • Por supuesto
abrapalabra@aol.com



Luis Argudín

como si no tuvieran preferencias particulares y como si muchos de ellos hubieran abjurado de su derecho constitucional a militar en algún partido.

Quienes se oponen a que López Obrador acuda a la opción establecida por la ley de impugnar el resultado de la votación, agitan ahora el petate del muerto de la “ciudadanización”. Dudar del conteo de los votos es dudar de la honestidad de los ciudadanos y eso no debe permitirse. Pues sería blasfemia grave y atroz.

No es para tanto, ¿no? ¿Estarán libres de culpa y podrán arrojar la primera piedra?

“No hay más ruta que la nuestra”. Fox

Durante años vivimos creyendo que la frase tan combatida por totalitaria, era del Coronelazo David Alfaro Siqueiros y se refería exclusivamente a una escuela de pintura, a la que se enfrentó en su momento el Goliath alternativo José Luis Cuevas.

Pero no. Ahora resulta que la frase la ha revivido y hecho suya, el que alguna vez se nos vendió como agente del cambio y renovador de la democracia, el ciudadano Vicente Fox, que precisamente iba a demostrar si llegaba a la Presidencia que había otra manera de ejercer el poder.

Ya sabemos que no lo consiguió, por incapacidad o por rapacidad, pero no modificó la estructura piramidal del PRI y siguió procurando beneficios a la élite del poder político y económico. Consecuentemente, durante la pasada contienda electoral se empeñó en convencernos de que no hay otra ruta posible, que no hay razón para desviarse del camino trazado, que –rancho al fin– no había que cambiar de caballo a la mitad del río (uno de aguas bravas que él motivó). Pero el autoritario que iba a luchar contra el autoritarismo, no se ha conformado con negarnos la posibilidad del cambio político y del modelo económico, ya que con motivo del campeonato mundial del fútbol –y tras haber demostrado, junto con el adorador de los caballos, que etimológicamente es su delfín Felipe, que de pronósticos de fútbol sabe menos que de autores literarios, nos condenó a todos los aficionados del fut que lamentamos la mala actuación del equipo mexicano, que no sólo fue eliminado fácilmente aunque la FIFA le ha inventado un lugar en el ranking mundial, sino que jugó deficientemente.

Pero desde las alturas de Los Pinos, el primer fanático futbolero –capaz de pintarse barras tricolores en la mejilla y de vestir la camiseta verde– advirtió: “Aquellos que recha-

zan esta manera de jugar de los mexicanos, me parece que no están con México” (aunque debió haber dicho: “conmigo”).

Lo bueno es que aún no se atreve a decirnos cómo debemos pintar, escribir, componer, aunque sí ha procurado imponernos cómo debemos pensar –él que se ha distinguido precisamente como brillante pensador, teórico de la política y distinguido estadista.

¿Pues a quién defiende
Juan Velázquez?

En su afán de liberar a Luis Echeverría de los cargos de genocidio, que a última hora en la víspera electoral exactamente, el panista gobierno actual le formuló al expresidente, su abogado Juan Velázquez extendió su argumentación legalista, para de paso exonerar al llamado “solitario de palacio”, dictador en funciones, Gustavo Díaz Ordaz.

Excusó a Echeverría por la matanza de Tlatelolco en 1968, pero en un exceso de abogado del diablo, arguyó como verdadero leguleyo: No me imagino a Díaz Ordaz ordenándole al Secretario de la Defensa Nacional, general Marcelino García Barragán: “Ve y mata a los estudiantes” y para eximir de responsabilidad al ejército se sirvió del testimonio de Julio Scherer García, quien según Velázquez consignó en un libro que los soldados no iban armados.

Pero aunque lo diga quien sea, es claro que el ejército intervino y que iba bien armado, de la misma manera que fue el ejército quien derribó de un bazucazo la puerta histórica del edificio de San Ildefonso que albergó a la Universidad Nacional. El redactor de estas líneas puede asegurar que su hermano fue detenido en Tlatelolco por soldados armados, que con la bayoneta le cortaron –o le arrancaron a jalones– parte de su larga cabellera. ¿Qué cualquier civil puede andar por la calle y acudir a un mitin portando un fusil con bayoneta?

Fueron soldados también los que llevaron al mencionado hermano al Campo Militar número 1, donde lo retuvieron incomunicado ilegalmente durante diez días, pues jamás aceptaron que lo hubieran aprehendido y recluido.

También Juan Velázquez –quien ya debiera ser más selectivo con los personajes que defiende– aseguró que fueron “nada más” 40 los muertos en ese ataque brutal contra los estudiantes y desmintió que hubieran desaparecido muchos más, como han acusado los líderes del Movimiento Estudiantil, pues “no se registraron las denuncias correspondientes”. Lo que es reducir todo al legalismo, señor Velázquez. Este redactor inquieto por el asunto de su hermano, acudió a la morgue de la 3a. Delegación y allí encontró más de 40 muertos y no estaban allí concentradas todas las víctimas. Ade -

más muchos de los aprehendidos por los soldados testificaron que los miembros del ejército retiraron cadáveres de los victimados en Tlatelolco, los arrojaron como bultos en camiones del ejército y los llevaron a lugares desconocidos, aunque también los detenidos en el Campo Militar número 1, supieron –y sobre todo olieron– que en los hornos del recinto militar se quemaban a seres humanos. ¡Y claro que esto no fue documentado, porque ninguna autoridad dio por escrito la orden: quémelos! Eso tampoco debe imaginárselo el abogado Velázquez: que el presidente Díaz Ordaz le ordenara al general García Barragán: “Desaparece a todos esos revoltosos”.

¿Por qué no hubo denuncias? ¡Ay, ingenuo licenciado Velázquez! ¿Sabe lo que es el miedo o la esperanza? Iban los propios parientes a delatar a sus hermanos: “Oigan no encuentro a mi hijo, hermano, pariente, amigo, que es uno de los revoltosos que ustedes andan buscando” ¿O qué no sabe el lic. Juan que se desató una represión y persecución contra los participantes en el Movimiento Estudiantil del 68?

También se tuvo miedo de delatar al pariente, que a lo mejor se había ido a la guerrilla, porque después del fracaso de la protesta civil, se creyó que debía acudir a la guerrilla. Y finalmente, los familiares también albergaban la esperanza de que el pariente desaparecido estu-

viera escondido y algún día regresara a casa sano y salvo. Cuando al cabo de los días y las semanas, ya no volvió, no se le vió sentido en la mayoría de los casos denunciar la desaparición, convencidos los familiares de que resultará inútil.

¿Todo eso no se lo imagina el abogado de pillos, don Juan Velázquez?

La historia y la insidia. Se hace pasar como historiador

Presume sus títulos, se ampara en sus diferentes libros y sus distintas chambas.

Pero José Manuel Villalpando es un fabricante de angustias que se escuda en la historia para soltar sus insidias y para buscar huesos, como buen paleontólogo que debía haber sido mejor.

A través de la radio sorprende al auditorio con sus juicios fulminantes que sólo persiguen bienquistarse con la autoridad en turno para conseguir alguna prebenda particular. El año pasado, sin decoro alguno, estuvo ofreciéndose para ser comentarista oficial en las fiestas patrias, supuestamente para poder darle mayor contenido a las transmisiones regularmente encargadas a locutores sin mayor cultura histórica. Él iba a hacer aportaciones fundamentales que cambiarían el rumbo del país. No fue así, desde luego y su participación pasó sin pena ni gloria.

Su nuevo propósito está encaminado a conseguir hueso para las

fiestas del Bicentenario y del Centenario. Quería ser el coordinador de los festejos y para lograr su cometido se lanzó a combatir al candidato de la oposición, Andrés Manuel López Obrador, a quien con más furia que entendimiento compara con López de Santa Ana, y predice el apocalipsis si llega al poder. Y todo para quedar bien con sus posibles contratadores.

Ahora que indignamente el ingeniero Cuauhtémoc Cárdenas ha aceptado del gobierno que lo combatió el puesto de Coordinador de los Festejos del Bicentenario y del Centenario, Villalpando se excede en elogios del autoproclamado "Guía moral del PRD", para obtener alguna canonjía del Estado y sobre todo del domesticado izquierdista.

Y pasa por alto una de las características que según Cicerón deben tener los del oficio: "Historiador es el que no se atreve a decir una mentira ni deja de decir una verdad".

¿Conocerá esta frase quien se ostenta como culto historiador?

Los cara dura abundan en el actual gobierno

Se nota que los entrenaron muy bien, que ensayan y se presentan impertérritos ante las cámaras o en conferencias de prensa ante periodistas que no los van a cuestionar.

Y dicen, a sabiendas de que mienten, que el país está en calma, que en Oaxaca no pasa nada, que los crímenes de los narcotraficantes

no deben preocupar a nadie, que las elecciones fueron ejemplares, que nadie está en contra, que la Selección Nacional de Fútbol jugó muy bien y que sólo por la mala suerte no pudo calificar, que nuestro sistema político, el programa económico, los planes educativos, marchan bien y que debemos estar muy orgullosos.

No les tiembla la voz cuando sueltan las más graves mentiras, cuando a sabiendas adulteran la realidad, en el momento de sostener una argumentación falsa o de ocultar una verdad evidente. Y si al día siguiente tienen que rectificar porque la verdad se impone, no le dan importancia a su yerro, no se disculpan si los pillaron con las manos en la masa y confían en que a todos nos ataque el Alzheimer.

Se llaman Felipe Calderón, Rubén Aguilar Valenzuela, Luis Carlos Ugalde, Vicente Fox, Carlos Abascal, Reyes Tamez, Ricardo Lavolpe, Jose- fina Vázquez Mota... No importa. Se trata del "estilo personal de gobernar... a base de la mentira y la manipulación". Y para eso, hace falta desde luego, mostrar una caradura, aparte de tragar sapos y no temer -a pesar de la religiosidad que proclaman- el castigo divino, por violar los mandamientos fundamentales y cometer los pecados capitales.

Aportaciones que abonen en favor de este síndrome pinochesco, que podría volverse pinochetista, al

correo electrónico que ya saben: abrapalabra@aol.com

Envía el poeta Jorge Hernández, una colaboración que pretende responder a las preguntas incesantes de todos los amantes que se necesitan: ¿Me quieres? ¿Por qué? Si la respuesta les sirve: adóptenla.

¿Por qué te quiero?

Te quiero a cada rato
estoy dentro de ti, cohabitas en mi
te quiero, en la madrugada, en la
almohada,
en mi vejez.

Arrullas mi sendero.

Te quiero con mis manos,
con paciencia
como al tiempo
te quiero a mi lado y en la ausencia

Te quiero en la penumbra, al alba,
mansa
enmudecida
me tomas y me llevas
tu vientre me protege.

Eres primavera
haces del cielo techo que cobija
sueño sin fin.

Te quiero
al sentir tu aliento
al escuchar el silencio
si tu corazón puede más que la
cabeza...

Preguntas:

¿Por qué te quiero? ■